

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *¿Está el Señor entre nosotros?*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *El que beba del agua que yo le daré, nunca más tendrá sed.*

La fe siempre la vive el ser humano acompañada de la duda. No es una duda tan intelectual como algunos la suponen, es más bien una cuestión existencial de confianza ante las situaciones a las que nos vemos enfrentados. Son muchas: enfermedades, fracasos, tropiezos, melancolías, rutinas, enfados... No terminamos de ver una vida como nos gustaría y nos acompaña una sensación de impotencia que nos hace elevar la vista pidiendo ayuda o un gesto que nos permita esperar con esperanza. Se ha hecho tan general que andamos sumidos en esta duda que nos impregna desde la constante lluvia que nos cala y penetra con tanto mensaje irreligioso, al que se tacha de trasnochado y no progresista, por el mantenimiento de una fe en un ser inalcanzable que nunca se hace presente y visible. Pues tan antigua como la fe es la duda.

Así es nuestra vida, tan necesitada de experiencias de Dios como frecuentes son las experiencias de su distancia. Así es nuestra tradición religiosa, tan consciente de la crudeza vital como de la necesidad de Dios. Ahí es dónde nuestra comunidad vive y tiene que vivir, en la intemperie de las llanuras culturales y de las montañosas tempestades que azotan al ser humano en la travesía de la existencia, entendiendo sus crisis, escuchando sus clamores, asumiendo sus crisis y acompañando, siempre acompañando, a una humanidad que pasa sed, tiene hambres muy diversas y busca lo fácil más que lo eficiente.

Como Moisés, los creyentes que formamos esta comunidad en la historia humana, no podemos dar la espalda a quienes necesitan nuestra esperanza. Como Dios, tampoco podemos dejar que los signos religiosos sean fruto de las peticiones fáciles y comodonas. Dios nos quiere dejar signos, pero no portentosos, no de fachada, sí de contenido, tampoco de ilusión, pero sí de esperanza. Por eso eligió a un niño como el gran signo de su presencia con los dos rasgos que caracterizan a los niños: ternura y futuro. Ahí está el sentido y el signo de nuestro Dios, en nuestra capacidad de compasión y en nuestro testimonio de esperanza.

Jesús sentía sed y se había sentado en el brocal del pozo. La mujer samaritana fue al pozo por agua. Ella tenía sed y había venido por agua. Pero ella tenía otra sed que no había sabido explicar. Su búsqueda de amor seguía insatisfecha a pesar de sus amoríos y sus aventuras. Y aquel judío sediento junto al pozo le había sabido descifrar esa sed y le ofrecía un agua viva, un agua que se convertiría en manantial dentro de quien la bebiera.

Claro que ella quería de esa agua, pero era necesario que pudiera entrar en la intimidad de su propia vida y descubrir allí la verdadera sed que la aquejaba. Sed de amar y ser amada. Esa sed tan común a la humanidad, pero que algunos pretenden saciarla con aventuras amorosas en lugar de reconocer que lo que necesitan es un amor verdadero. Un amor que, por otra parte, difícilmente se consigue si no somos capaces de corresponder de veras en el amor.

Somos fruto del amor, necesitamos el amor desde que nacemos y nos volvemos sedientos de amor toda la vida. El amor de los nuestros – maternal, paternal, fraternal-, el amor de los amigos y amigas, el amor conyugal, el amor filial y todos esos derivados que pasan por el reconocimiento, el aprecio, la estima o la admiración de los demás. Todos vamos por la vida con una inmensa sed de amor. Vamos al pozo y bebemos, y regresamos una y otra vez, pero esa sed no se acaba nunca.

Y pedimos: **¡Señor, dame de esa agua!** Y él nos dice: Identifica primero dónde andan tus amores, identifica tu sed en toda su profundidad. Descubre en el fondo de ti mismo el deseo profundo del amor divino. Y si buscas a Dios, el manantial que puede apagar tu sed, no te escudes en no saber en dónde hay que adorarlo, porque a Él se le adora en espíritu y en verdad. No es necesario ir a un lugar preciso para encontrarse con Dios. Lo que sí es necesario es saber implicarse apasionadamente, dar culto en espíritu y desterrar la mentira de nuestra vida, para encontrarnos con la fuente de agua viva, *en espíritu y en verdad*.

Algo vislumbró aquella mujer. Algo que le ayudó a descubrir, al menos incipientemente, al que podía darle sentido y rumbo a su vida. Había ido al pozo a por agua y, en su prisa por compartir esa buena noticia con sus conocidos en el pueblo, ¡se le olvidó el cántaro! No llevó el agua del pozo, pero ella misma se convirtió en cántaro de agua viva, ella se convirtió en portadora de la buena nueva a sus paisanos, ella, la más improbable de los posibles misioneros, puede al menos plantear la inquietud que empieza a burbujear en su interior como manantial de agua de vida eterna: **«Vengan a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Mesías?»**. Su testimonio provocó la búsqueda, y la búsqueda trajo consigo una experiencia personal para aquellos samaritanos. **«Ya no creemos por lo que tú nos has contado, pues nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es, de veras, el Salvador del mundo»**.